Nº 46
V/2011

BSEHP

BOLETÍN INFORMATIVO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

SOCIEDAD ESPAÑOLA de
SEHP
HISTORIA de la PSICOLOGÍA

s u m a r i o

EDITORIAL 1

OBITUARIO 2
Pilar Grande Martín (1962-2011)

ARTÍCULOS
J. Quintana. *William James y la instauración de la 'psicología funcional' en EE.UU.* 3
W. James. A Suggestion About Mysticism. *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods,* vol. 7, nº. 4. (Feb. 17, 1910), pp. 85-92. 12

CRÓNICAS DE LA SEHP 19
H. García. XXIV Symposium (Málaga, mayo de 2011)

CONVOCATORIAS DE LA SEHP 22
XXV Symposium (Santiago de Compostela, mayo de 2012)

PREMIOS 2012 25

RESEÑAS CRÍTICAS 27

EL DESVÁN DE PSI 34
I. Sánchez-Moreno. Diván, el terrible.

INFORMACIÓN VARIA 36

e d i t o r i a l

Lamentamos comenzar esta editorial anunciando la muerte de nuestra compañera Pilar Grande Martín (1962-2011). Pilar nos dejó el pasado mayo, días después de la finalización del XXIV *Symposium* de nuestra Sociedad, de la que ella había sido miembro desde su constitución. Precisamente su fallecimiento nos llegó a través de su mentor, colaborador y amigo José Antonio Mora, responsable de la organización del congreso de este año.

Para los que no pudisteis acudir, podréis obtener unas pinceladas del *Symposium* de Málaga gracias a la crónica redactada por Héctor García. También encontráreis en este Boletín la información que Mar Bernal nos ha hecho llegar sobre el próximo *Symposium* de la SEHP que tendrá lugar en la preciosa ciudad de Santiago de Compostela en mayo de 2012.

En este número descubriréis además dos artículos cuya temática gira en torno a la figura de William James. Retomando la iniciativa de anteriores boletines, ponemos a vuestra disposición un trabajo "contemporáneo" redactado por José Quintana, el cual escribió con motivo de la exposición *Visiones de William James. Conciencia: vida y adaptación* celebrada en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) el pasado enero. El mismo está dirigido a los estudiantes de Psicología de la UAM, pero nuestro colega no ha tenido ningún inconveniente en aceptar su publicación en nuestro Boletín. El otro artículo más "vetusto" pertenece al propio William James y presenta uno de los intereses intelectuales del autor que quizá sean menos conocidos por el gran público: sus reflexiones en torno al misticismo.

Por lo que se refiere a nuestro clásico apartado de reseñas, este número recoge análisis críticos muy dispares presentados por Jorge Castro, José Carlos Loredo e Iván Sánchez-Moreno, todos ellos editores de este Boletín, siendo el último el editor "más joven": Iván acaba de incorporarse al BSEHP y, entre otras tareas, será el responsable de coordinar la nueva sección del Boletín titulada *El desván de Psi*. Para saber en qué consiste, os bastará con echar un vistazo casi al final de este librito…

Siguiendo con las referencias a la organización del Boletín, debemos anunciaros que ha habido un pequeño cambio en la dirección del mismo: de ahora en adelante serán Belén Jiménez y Rubén Gómez-Soriano quienes se encarguen de las tareas que hasta este momento desempeñaba con tanta maestría Jorge Castro (si bien Jorge continuará en el equipo editorial).

Y hablando de cambios de dirección, no podemos dejar de mencionar que este año la Junta de la SEHP ha sido renovada: Milagros Sáiz continuará con las labores que Enrique Lafuente ha sabido llevar con tanta responsabilidad y elegancia. Gracias Enrique –y a todo su equipo– por tu excelente gestión. Y felicidades a la junta entrante.

Por último y como viene siendo habitual en los últimos boletines, queremos recordaros que podéis enviarnos vuestros trabajos, reseñas o cualquier tipo de información que consideréis adecuada para publicar. Podéis hacernos llegar vuestros trabajos a la recién estrenada dirección de e-mail: boletinSEHP@gmail.com.

Los editores.

o b i t u a r i o

PILAR GRANDE MARTÍN (1962-2011)

Pilar había nacido en Madrid, el 15 de Febrero de 1962. Tras trabajar un tiempo como administrativa en una empresa, se licenció en Psicología por la Universidad Autónoma de Madrid. La profesora Pilar Grande ingresó en la Universidad de Málaga para encargarse de la docencia en Historia de la Psicología. Los méritos que más pesaron en ese momento fueron su alta nota en la asignatura Historia de la Psicología, durante su Licenciatura, y la realización de su Tesis de Licenciatura (1986) *La Psicología del Procesamiento de Información: Un Estudio Histórico-Genético de su Aparición*.

Junto al profesor Mora elaboró diversos trabajos, como el presentado al *III Congreso Nacional de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas* (Murcia, Diciembre, 1989) titulado *Factores influyentes en el surgimiento del Paradigma Cognitivo en Psicología* y el titulado *Factores influyentes en el surgimiento del Procesamiento de la información en Psicología*, que fue leído por Pilar en el *III Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología* (Sitges, Febrero y Marzo, 1990), y luego fue publicado en *Studia Pychologica*.

Posteriormente, ya de modo individual, Pilar redactaría en diciembre de 1990 el capítulo *La psicología del procesamiento de la información: una aproximación histórica*, que aparecería en el libro *Cognición y modularidad*, coordinado por los compañeros Pablo Fernández y Marcos Ruiz. El último trabajo de Pilar en la Sociedad sería la comunicación al *V Symposium de la SEHP* (San Sebastián, Marzo 1992), donde relacionaba la conciencia con la Física Cuántica. Posteriormente aparecería un artículo firmado por ella y Alberto Rosa (1993) *Antecedentes y Aparición de la Psicología del Procesamiento de Información: Un estudio histórico*, publicado en *Estudios de Psicología*, aunque se había gestado en 1987.

Pilar siempre se sintió miembro fundador de esta Sociedad, a la que ha pertenecido desde su constitución en 1988. Y como si se tratase del acto de clausura del *XXIV Symposium*, el Lunes 16 de Mayo por la tarde, nos llegó la triste noticia de su fallecimiento, a sus recién cumplidos 49 años de edad.

Descanse en paz.

Javier Bandrés y Milagros Sáiz

artículos

W. James y la instauración de la 'psicología funcional' en EE.UU.

José Quintana Fernández
Universldad Autónoma de Madrid

En el diseño de este acto académico de homenaje, "Visiones de William James. Conciencia: vida y adaptación", a mí me ha correspondido desarrollar el tema "el James clásico"… Otros harán lo propio con la cuestión "el otro James"… En cualquier caso, por las limitaciones del tiempo disponible, mi particular "visión" del personaje se circunscribirá solamente a la cuestión del "significado histórico" de su obra para el devenir general de la Psicología.

Para alcanzar este cometido recurriré a la "ciencia", estrategia hoy especialmente oportuna no sólo porque nos encontramos en la celebración de la "Semana de la Ciencia", sino también porque una de las constantes de la Historiografía de la Psicología es la constatación de la deuda que los paradigmas psicológicos clásicos han ido teniendo respecto de los paradigmas científicos. En tal ascendencia estuvieron la Astronomía (I. Newton, *Principios matemáticos de Filosofía natural*, 1687) y la Biología (C. Darwin, *El origen de las especies por la selección natural*, 1859). Paralelamente a ambas, las "psicologías" que tomaron sus paradigmas científicos como modelo epistemológico y conceptual quedaron configuradas en las obras de J. Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) y de W. James, *Principios de Psicología* (1890). Pues bien, en lo que sigue, nos proponemos hacer ver que, cada una a su manera, estas dos últimas obras abrieron caminos nuevos y contrapuestos a la ciencia del psiquismo: el *Ensayo* de Locke, a "la vía de las ideas"; los *Principios* de James, a la "vía de las actividades". Precisamente, haremos ver que el significado histórico de W. James para la psicología reside en haber superado la "vía de las ideas", para encauzar la investigación psicológica por la "vía de las actividades". ¿Cómo ocurrió esta trascendental transformación histórica?

"Vía de las ideas". Hacia la constitución de la "Psicología de la mente"

Cuando en el Renacimiento aparece y se desarrolla el movimiento de la "nueva Ciencia", los criterios metodológicos del saber científico se encaminaron hacia la primacía de la experiencia sobre la especulación. En aquel proceso de cambio aparecieron dos tipos de intelectuales: el de los "científicos", los impulsores de la "nueva Ciencia" (Kepler, Copérnico, Galileo, Newton), y el de los "epistemólogos", los filósofos que se dedicaron, entre otras cosas, a realizar la crítica de los fundamentos de la ciencia que hacían los científicos (Descartes, Locke, y otros). Pues bien, escrito en 1690, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke, fue uno de esos libros de epistemología de la ciencia. De hecho, su propósito declarado no fue otro que

"investigar los orígenes, la certidumbre y el alcance del entendimiento humano, junto con los fundamentos y grados de las creencias, opiniones y asentimientos" (Locke, 1690, I, I, 2). Mas, como para realizar dicho estudio, decidió a investigar "*el origen de esas ideas… que un hombre puede advertir y de las cuales es consciente que tiene en su mente, y la manera cómo el entendimiento llega a hacerse con ellas* (cursiva mía)" (1690, I, I, 3), resulta que, sin dejar hacer oficiar como epistemólogo, Locke se encontró oficiando a la vez como psicólogo, esto es, pergeñando una investigación psicológica sobre el origen ontogenético de la mente humana. En esta investigación lockeana nos interesa descifrar principalmente dos campos: la determinación de lo que se considera "objeto legítimo" y la propuesta de una teoría explicativa del mismo.

El hecho de asumir las exigencias metodológicas del empirismo de la "nueva ciencia", supuso para Locke considerar como objetos legítimos de la ciencia únicamente aquellos que caen bajo observación empírica inmediata. Consecuentemente, el empirista Locke hubo de colocarse enfrente del secular paradigma psicológico de la tradición metafísica y teológica occidental; era éste un paradigma sustancialista, especulativo, que consideraba el sujeto "alma", el "espíritu", como objeto básico y final de sus reflexiones ("el hombre es su alma", dijo Platón; el alma es creada por Dios "a su imagen y semejanza", dijo la Biblia)–, las "facultades" del alma como simples instrumentos de la misma y los "contenidos" resultantes de las acciones de éstas como meros fenómenos psíquicos, simples complementos de la reflexión metafísico-teológica a dicho sujeto. Al aplicar rigurosamente el criterio empirista, la determinación del "objeto legítimo" de la reflexión psicológica hubo de sufrir, en la referida obra de Locke, drásticas limitaciones –verdaderas "renuncias"-, que él mismo enumera en el siguiente texto: "*No me meteré aquí en* [A] *las consideraciones físicas de la mente, ni me ocuparé de examinar en qué puede* [B] *consistir su esencia, o por qué nociones* [C] *de nuestros espíritus o alteraciones de nuestros cuerpos llegamos a tener sensaciones en nuestros órganos, o ideas en nuestros entendimientos, ni tampoco,* [E] *si en su formación, esas ideas, algunas o todas, dependen o no de la materia. Estas especulaciones, por más curiosas o entretenidas que sean, las dejaré a un lado, como ajenas a los designios que ahora tengo* (cursiva y corchetes míos)" (Locke, 1690, I, I, & 17). En otro lugar, el propio Locke habla de "la inútil charla de las facultades". Si, pues, ni el alma, ni el mecanismo de los procesos fisiológicos (esto es, el cuerpo), ni el mundo en que vivimos, ni las facultades mentales son objeto real de "observación inmediata", el único objeto posible de reflexión psicológica empíricamente justificable son los contenidos mentales, esto es, los fenómenos de percepción, de recuerdo, de sentimiento, de volición, de ideas, etc. Y, puesto que, para simplificar, él categoriza a todos ellos con el término "*ideas*", el *Ensayo* de Locke configura el primer paradigma psicológico empírico moderno, paradigma que hemos denominado "Vía de las ideas".

Así establecido el "objeto legítimo" de la ciencia de la mente, a lo largo de los siglos XVIII y XIX los seguidores de Locke (D. Hume, E. B. de Condillac, J. Mill,

J. Stuart Mill, A. Bain, etc.) decidieron transportar la concepción newtoniana del universo físico a la explicación de ese universo psíquico que es la mente humana. Ambos "universos" –afirmaron– son puros fenómenos, "montones" de fenómenos, dirá Hume. En ambos casos, la práctica de análisis –que busca determinar los componentes últimos de la mente– permitirá dividir los complejos en elementos irreductibles, átomos: astros físicos, para uno; átomos mentales, para los otros. La acción de la síntesis –cuyo estudio busca descubrir los modos fundamentales de combinación de los átomos– permitirá constituir complejos: galaxias, para uno; grandes formaciones mentales, para los otros. El fundamento último de las uniones reside en los componentes mismos: gravitación física, para uno; "gravitación mental", encarnada en último término en la relación causa-efecto (Hume) o en la relación de contigüidad (J. Mill), para los otros. En ambos casos, la naturaleza de la unión de los átomos tiene caracteres idénticos: es extrínseca –no más profunda que la que existe entre los vagones de un tren– y mecánica, lo cual da lugar a la Mecánica terrestre, para uno, y a la Mecánica mental, para los otros; precisamente ese mecanicismo hace que, en el campo mental, estemos ante complejos psíquicos intrínsecamente pasivos, carentes de todo atisbo de espontaneidad interna. En fin, en ninguno de esos mundos, el físico y el mental, es posible señalar un sujeto de los "fenómenos" que en él ocurren: lo que sucede en la mente humana en cada momento –dirá Hume– es comparable a una representación teatral, con la diferencia de que, en la representación mental, desconocemos tanto el escenario en que tiene lugar, como la existencia de un director de escena diferente de los personajes mismos; en realidad, ni en uno ni en otro caso se necesitan, puesto que la sola acción de las cualidades de las ideas –a saber, semejanza, contraste, contigüidad, causa-efecto, etc.– es capaz de explicar adecuadamente todos sus procesos; en este orden de cosas, A. Bain llegó a comparar la mente humana con el funcionamiento de una República, pero no supo sentar a nadie en el sillón presidencial.

Ante una posición epistemológica y doctrinal tan extrema, la crítica hubo de ser inevitable. Caracterizado así el objeto, esta mente fenoménica no pasa de ser una entidad puramente abstracta, irreal, aislada del cuerpo y del mundo, cerrada en sí misma, e incapaz de establecer conexión alguna con otras mentes y con los objetos el mundo: "Yo sólo puedo hablar de lo que ocurre en mí mismo", dice uno los partidarios del paradigma. Por otra parte, epistemológicamente esta visión está abocada al "escepticismo". Pero, además de su carácter abstracto, la *mente* de Locke y sus seguidores es un objeto extraordinariamente pobre, toda vez que la posición reduccionista llevaría a los partidarios de la "vía de las ideas" a diluir todo fenómeno mental, por complejo y sublime que pueda ser, en puras sensaciones; así queda expuesto sin rubor alguno en el sensismo psicológico del abate E. B. de Condillac. De ahí que, algunos problemas especialmente difíciles, como p. e., los relativos al yo y a la identidad personal, fueran para aquella "psicología de la mente" un verdadero atolladero epistemológico y doctrinal que sus partidarios no supieron superar.

Desde el punto de su proyección histórica, la psicología de la mente "duró" más de

doscientos años como paradigma predilecto de los psicólogos que querían pasar por "científicos". Es cierto que, durante ese largo período, hubo de experimentar algunas modificaciones, como ocurrió con las psiconeurologías de I. Newton y D. Hartley, con la "química mental" de Stuart Mil, o con las neuropsicologías experimentales de J. Müller, R. H. Lozte, H. von Helmholtz, W. Wundt, etc. Mas, no es menos cierto que, en líneas generales los principios básicos del paradigma permanecieron los mismos. Y si, dado que andando el tiempo alguien –como E. B. Titchener (1898)– decidió redenominar los "contenidos" mentales o "ideas", dándoles el nombre de existencias o "*estructuras*", resulta que el *Ensayo* de Locke habría sido la primera versión sistemática del Estructuralismo psicológico.

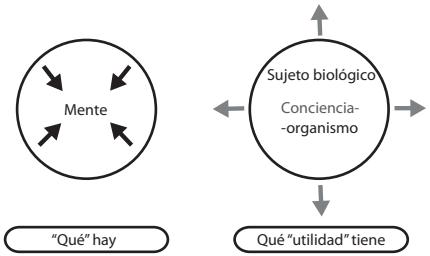
La Biología de la evolución orgánica

No obstante, con la llegada del siglo XIX se abrieron nuevas perspectivas para la investigación científica del psiquismo. Esta vez los estímulos vinieron del campo de las Ciencias naturales, y de modo particular de la Biología. Se estaba en el convencimiento de que quien se circunscribe a reflexionar sobre seres abstractos puede que haga filosofía, pero en modo alguno estará haciendo verdadera ciencia de los seres vivos. La protesta de los biólogos dio origen a la doctrina de la evolución orgánica, doctrina que fue desarrollada por J.B. Lamarck, en 1809, por H. Spencer, en 1855, y, particularmente, por C. Darwin, en su *El origen de las especie por la selección natural* (1859).

En su propósito de investigar los "seres vivos", la primera afirmación de la nueva Biología es que el escenario real de la vida no es ni el *Jardín del Edén*, presentado por la Biblia, ni el idílico *Jardín de las Delicias*, pintado por El Bosco. En éstos casos se da por supuesto que todos los seres vivos están perfectamente adaptados, en sus partes entre sí y el conjunto con el entorno que les rodea. A esta visión de la preadaptación de los organismos al medio respondían los biólogos fijistas, p. e., los tratamientos del naturalista Barón de Cuvier. El progreso de la nueva Biología vino de la observación de que, contrariamente a aquel supuesto creacionista y fijista de la preadaptación, la vida real de los organismos está gobernada por algo así como una inmisericorde *Ley de la Selva*. La vida real, en efecto, ocurre en un mundo hostil, en el que el medio es más fuerte que el individuo, el cual llega a él en una especie de inadaptación original, y al que debe de acomodarse, pues de lo contrario perece. De ahí, una nueva definición de la vida –"vivir es adaptarse"– y la conclusión de que la acción o conjunto de acciones encaminadas a "adaptarse al medio" constituye la ocupación fundamental de todo ser vivo. En esta Biología de la adaptación, la lucha por la existencia es inevitable y el éxito en el empeño constituye la condición de permanencia. Así es que acción real, en un mundo real: tal es la esencia del ser vivo real; la pasividad, su condena. Y nótese bien que, en la nueva perspectiva biológica, el sujeto real que tiene que adaptarse es el organismo como un todo, y que, por tanto, todas sus partes, incluida la mente o conciencia, si la hubiere, constituyen esencialmente dimensiones biológicas del proceso adaptativo. Es más, cualquiera de las partes del organismo, incluida la con-

ciencia, si actualmente existe, es porque "no ha dejado de tener un uso", porque actualmente tiene un uso, y porque representa una utilidad biológica real para la supervivencia; concretamente, si la conciencia hubiera dejado de tenerla, habría desaparecido. Inmersos en este nuevo paradigma biológico, uno puede ir más allá y preguntarse: ¿qué hace, qué actividades, o tipos de actividades, concretas realiza el organismo globalmente considerado para adaptarse al medio? Es más, con vistas a analizar la economía vital del organismo y aún admitiendo su unidad intrínseca, se puede seguir preguntando: ¿con qué actividades o tipos de actividades colabora específicamente la mente o conciencia en el proceso global de su adaptación biológica al medio? Nos son bien conocidas las utilidades de las diversas partes del cuerpo –de sus manos y brazos, de sus pies y piernas, del torso, etc., etc.–; mas, ¿cuáles son las utilidades biológicas específicas de la conciencia en el proceso adaptativo global? Es evidente que quien se lance a formular esta pregunta se coloca ya en el ámbito de la Psicología, naturalmente en el de la "psicología de la adaptación".

Frente a la señalada pobreza temática de la "Psicología de la mente", la Biología de la evolución orgánica dio pie a una formidable eclosión de nuevas ramas de la psicología. De ella nacieron, entre otras, las psicologías de la herencia, comparativa, del aprendizaje (de conductas adaptativas), genética y evolutiva, diferencial (capacidades, funciones), psicométrica, de los pueblos, práctica (Educación, Industrial, Jurídica, Vocacional, Clínica, Militar, etc.). Mas, de este abanico germinal, la más básica de todas es la Psicología de las "capacidades" –vale decir, de las "actividades"– de la conciencia. Fue ella, en efecto, la que posibilitó la gran conquista histórica, pues a partir de la misma la pregunta clave del psicólogo ya no iba a ser el tradicional "*qué hay*" en la mente, cerrada sobre sí misma, sino el nuevo "*qué utilidades*", capacidades, "actividades" biológicas, aporta la conciencia a la economía vital del organismo global para su mejor adaptación al medio. De este, en la investigación científica del psiquismo humano, la "vía de las ideas", de los contenidos mentales, cede el protagonismo a la "vía de las actividades", de otra manera, a la vía de las "utilidades" de la conciencia. Y, si en lugar de "actividades" usamos la denominación equivalente de "*funciones*", concluimos que esta conquista lleva como anejo el nacimiento de la "psicología funcional", esto es, del Funcionalismo, como opción sistemática opuesta a la del Estructuralismo.



"Vía de las actividades". W. James y el nacimiento de la 'psicología funcional' en EE.UU.

La "psicología funcional" nació en EE.UU. por obra de grandes pioneros: G. Stanley Hall, T. Laad, W. James, etc. James, en concreto, publicó sus *Principios de Psicología* en 1890, exactamente 200 años después del Ensayo de Locke. Pues bien, ¿qué méritos específicos cupieron a James en la superación de la "Vía de las

ideas" y en su sustitución por la "Vía de las actividades"?

W. James fue el profesor más ilustre de la Universidad de Harvard. Para contextualizar mi visión del "James clásico", bastará con traer aquí un simple recuerdo de algunos datos biográficos del personaje, ocurridos entre 1872 y 1892, todos relativos a su paso por dicha Universidad. Tras acabar la carrera de Medicina (1869), en 1872 recibió el nombramiento de Prof. Instructor –luego Titular– de Fisiología. En el curso 1875-1876 impartió el curso para graduados "The relations betwen Physiology and Psychology". En 1878 firmó un contrato con la casa editorial Holt para la publicación de un tratado de psicología científica, que él debía elaborar en breve tiempo. En 1879 impartió unas conferencias sobre "filosofía de la evolución". En 1880 pidió –y consiguió–, que la Universidad le cambiase su nombramiento de Profesor de Fisiología por el de Profesor Auxiliar –luego Titular– de Filosofía. Estando próxima la publicación del tratado de psicología comprometido con Holt, en 1889 James pidió –y f ue complacido nuevamente por la Universidad– el cambio de profesor de Filosofía por el de profesor de Psicología. En 1890 aparece sus *Principles of Psychology*, obra que fue recibida con un general aplauso por la comunidad universitaria. Y, sólo dos años después, la Universidad accede a una nueva petición: el retorno al cargo oficial de Profesor de Filosofía (1892). Evidentemente, este ir y venir de nombramientos oficiales no podía tener otra base que el extraordinario carisma de que James disfrutaba en aquella prestigiosa Universidad.

Los *Principios de Psicología* de James desarrollan lo que hemos denominado "el James clásico". Él había aceptado con un fervor casi religioso la doctrina de la evolución de Darwin y de Spencer. Pues bien, en tanto que exposición de principios, la obra constituye la aplicación y desarrollo básicos de las tesis teóricas de la Biología de la evolución –vale decir, de la adaptación– al campo de la Psicología. Por eso mismo, constituye igualmente la superación de la vieja "Vía de las ideas" y la entronización de la nueva "Vía de las actividades".

En su lado negativo, W. James se aparta tanto de la Psicología metafísica del "alma" como de la Psicología empírica de la "mente". La lejanía de aquella nos lleva a centrar la atención en su crítica de la segunda. La doctrina psicológica de James supone la eliminación de la tesis de que el único objeto legítimo para la comprensión del psiquismo humano es la "mente" de la que había hablado Locke; rechaza frontalmente la idea de tomar como objeto legítimo una mente abstracta, considerada al margen de su relación con el organismo y con el mundo, puramente fenoménica, disgregada en átomos mentales y en asociaciones meramente continuistas y mecánicas, esencialmente pasiva, y, en fin, no identificable a través de la determinación de un "sujeto" de los fenómenos que le integran.

Por el contrario, desde el punto de vista positivo, los *Principios de psicología* de James fijan el objeto legítimo de la reflexión científica en el individuo real –el que vive realmente–, en el hombre total –esto es, en la unidad biológica cuerpo-conciencia–, en el individuo que, en su

lucha por la existencia, debe obrar –obrar hacia afuera de sí mismo–, hasta conseguir el éxito de sus adaptaciones, en fin, en el individuo que se puede identificar a sí mismo como sujeto que permanece y que es identificable como Yo, más allá del evanescente devenir de los fenómenos de su mente. En este sentido, los *Principios de psicología* de W. James implican la implantación del paradigma de la "Psicología de la adaptación biológica". De otra manera, ante la disyuntiva entre "contenidos" mentales o "actividades" psíquicas, James elige como asunto primario la investigación de las "actividades", sin que ello implicara para él el desprecio de los "contenidos" mentales. Las denominó "funciones", y con ello en 1890 quedó instaurada en EE.UU. la "psicología funcional". Poco después, en las controversias habidas a mediados de la década de los años 90 entre los seguidores de la psicología de las "funciones", que eran mayoría en la nación –J.M. Baldwin, J. R. Angell, J. Dewey, etc.–, y los seguidores del viejo paradigma de los "contenidos", que eran excepción y que se habían instalado en la Universidad de Cornell con E.B. Titchener a la cabeza, la "psicología funcional" fue categorizada con el "ismo" de escuela, y pasó a denominarse "*Funcionalismo*". De hecho, hacia 1898, el propio Titchener se encargó de presentar oficialmente la "psicología funcional" como "Funcionalismo", en tanto que opción enfrentada al "Estructuralismo" que él mismo lideraba en su aislamiento de Cornell, y que todavía seguía considerando como asunto primario de la investigación psicológica el estudio de los "contenidos" de la mente (Dewey, 1896; Titchener, 1898, 1899).

El conjunto de los principios básicos de la "psicología funcional" de W. James está incoado ya en la primera línea de su obra, cuando define la Psicología como "la ciencia de la Vida Mental, tanto en sus fenómenos como en sus condiciones" (1890. I, p. 1). Desglosemos. Por un lado, se trata de una "ciencia natural". Por otro, la "condición" (fisiológica) de la vida mental es el sistema nervioso, y, particularmente, el cerebro; en consecuencia, la Neurología es parte de la Psicología; más aún, en la cuestión de la unidad psicofísica de los seres vivos, James terminó admitiendo que no caben "distinciones existenciales" y que sólo son legítimas las "distinciones funcionales". Y, en fin, la "vida mental" se expresa en la forma de "corriente de pensamiento", de "corriente de conciencia", corriente cuya esencia es "fluir", como lo es la de la corriente del río o la de la carrera del caballo; detener o dividir dicha corriente equivale a destruir el objeto psicológico. Este "hecho básico" se complementa y se explicita con el enunciado de otros datos inmediatos de la conciencia, que James enumera como caracteres de la misma. La corriente de conciencia: 1. Es "personal": en su centro siempre hay un Yo. 2. Es cambiante: nunca se repiten dos estados de conciencia idénticos. 3. Es continua: lo es no a la manera de los eslabones de una "cadena" o de los vagones de "tren", sino a la de la indivisible corriente del río; el análisis de estilo humeano la destruye; por tanto, la corriente de conciencia es más bien gestáltica. 4. "Trata con objetos distintos a sí misma": esto es, es cognitiva; el escepticismo, por ello, no es una consecuencia obligada de la naturaleza del psiquismo humano. 5. Es selectiva: está siempre más interesada en una parte de su objeto que en otra, y acoge o rechaza –elije– en tanto que piensa. 6. Es motora: "todos los estados mentales determinan una actividad corporal", por invisible que

parezca; es decir, tiene consecuencias reales hacia fuera de sí misma. Y, finalmente, 7. Es teleológica: la conciencia es el instrumento de adaptación por excelencia de los sujetos que la poseen; cierto que sin cerebro, la conciencia no existe, más no lo es menos que ésta surgió en el curso de la evolución del sistema nervioso, para guiarle en el cumplimiento eficaz de las actividades adaptativas que precisa el organismo; en este sentido, al igual que otras funciones, la conciencia ha evolucionado por el uso.

Tras estas explicaciones de la "corriente de conciencia", alguien podría interpretar que para W. James el objeto legítimo de la psicología queda reducido a la "conciencia humana". Nada más lejos de la realidad: a él pertenecen igualmente cualquier forma de vida psíquica que tenga lugar en el universo, cualquiera que sea la especie, la edad, el grado de adaptación, etc. Tomado el objeto psicológico desde el punto de vista del método comparativo, James expresa dicha amplitud en los términos siguientes: "Así ha venido a ocurrir que los instintos de los animales son investigados minuciosamente para dar luz sobre los nuestros; y que las mentes de los salvajes, de los niños, de los defectuosos, de los idiotas, del sordo y del ciego, de los criminales y de los excéntricos, son todos invocados en apoyo de esta o de aquella teoría sobre alguna parte de nuestra vida mental. La historia de las ciencias, de las instituciones morales y políticas, y los lenguajes, en tanto que formas de productos mentales, son requeridos para prestar idénticos servicios" (James, 1890). Así pues, para W. James incluso la historia de la ciencia, la historia de la cultura y la historia de las mentalidades colectivas es parte del objeto de la psicología científica.

Sobre estos principios generales, y asumiendo los métodos introspectivo, experimental y comparativo, James –el James clásico– desarrolló, capítulo tras capítulo, en memorables y sugestivas descripciones, los temas convencionales de la psicología científica: el hábito, el yo, los procesos intelectuales, las emociones, los Instintos, los actos voluntarios, etc., etc. Han sido especialmente celebrados los relativos al yo y a las emociones.

Réstanos apuntar cuál fue la proyección histórica de la "psicología funcional". A W. James se le reconoce como el más grande de los psicólogos norteamericanos de su época. Es cierto que, como maestro, no creó Escuela en el sentido clásico del término. Pero no es menos cierto que hizo algo más profundo y duradero: creó un nuevo espíritu, un nuevo movimiento, una nueva manera de hacer y de enfocar la psicología. Nada más aparecer, sus *Principios de Psicología*, la obra se convirtió en el libro de cabecera de los jóvenes psicólogos norteamericanos. Desde luego, a la difusión de dicho espíritu ayudó su natural simpatía personal; mas, su triunfo se fundamenta sobre todo en que, nacida de la doctrina de la evolución orgánica, que en Norteamérica desarrollaba A. R. Wallace paralelamente a lo que hacía Darwin en Europa, la "psicología funcional" encaja perfectamente con el pensamiento filosófico oficial, el pragmatismo, que allí defendían y divulgaban Peirce, Dewey y el mismo James. Más aún, la "psicología funcional" era especialmente acorde con temperamento norteamericano de la

acción y del éxito, de manera que, como afirmaría el historiador E. G. Boring, "James estaba diciendo a los demás cómo ir a donde ellos ya querían ir". Puesto en marcha por James en la Universidad de Harvard, el espíritu funcionalista se difundió por el resto de las Universidades del país –salvo en la de Cornell–, que efectivamente desarrollaron diversas formas de "psicología funcional", y encarnó de manera preferente en la de Chicago, donde adoptó el "ismo" escolar de Funcionalismo, destacando en ella las figuras de J. Dewey, J. R. Angell (1906) y H. Carr (1930), los cuales tomaron a su cargo la defensa oficial del movimiento. Para una mirada retrospectiva sobre el funcionalismo norteamericano, el artículo de Carr de 1930 resulta especialmente sugestivo.

Desenlace del drama intelectual de W. James

En 1892 James publicó *Psychology: Briefer Course*, un Compendio de psicología, destinado a servir de libro de texto para los alumnos. Inmediatamente después dejó el Laboratorio de Psicología de la Universidad en manos de H. Münsterberg. Entonces, cuando parecía que su programa básico de psicología científica estaba cumplido y que podía entregar sus *Principios* a los demás para futuros desarrollos, James enunció no sin cierta ostentación, como última sorpresa, su gran desilusión, a saber, que, a pesar de los grandes progresos de la psicología científica de su tiempo había llegado al convencimiento personal de que, por el momento, "no existía tal cosa como la ciencia de la psicología": "Así, pues –concluía aquel *Compendio*–, cuando hablemos de psicología como de una 'ciencia natural', no se entienda que tratamos de una suerte de psicología establecida definitivamente sobre sólidos fundamentos, sino precisamente de lo contrario, es decir, de una psicología particularmente frágil..."; detrás de la sonora expresión "nueva psicología", continúa diciendo, no aparece nada definitivo: "sólo una ristra de meros hechos, una disertación sobre opiniones; una menguada clasificación y generalización de nivel meramente descriptivo; el fuerte prejuicio de que tenemos estados de conciencia y de que se hallan condicionados por el cerebro; pero ni una sola ley como se nos dan las leyes físicas y ni una sola proposición de la que se puede deducir causalmente tina consecuencia. Ni aún conocemos los términos entre los que habríamos de obtener leyes elementales, si las tuviéramos. No se trata, pues, de una ciencia, sino de una esperanza de ciencia" (W. James, *Compendio de Psicología*, 1892). Ciencia, pues, "provisional y revisable"; incluso resulta problemático categorizar su objeto: en 1904 James se preguntó "¿Existe la conciencia?"; evidentemente, la pregunta la hacía como "científico" y lo que ponía en tela de juicio no era otra cosa que la afirmación de la "conciencia" como objeto legítimo de investigación científica. Ello explica que el más grande de los psicólogos norteamericanos de aquellas décadas se aviniera a ostentar el nombramiento oficial de Profesor de Psicología únicamente durante dos años.

Era aquella una interesante conclusión que, dada la gran inquietud intelectual consustancial con el personaje, nos abre la incógnita de si, junto al "James clásico", al que me he referido en estas reflexiones historiográficas, no habrá que dar entrada además a la consideración de "otro u otros James". Yo debo concluir ya. Desvelar esta incógnita corresponde a quienes me siguen en el uso de la palabra: ellos

nos dirán si existió realmente algún "otro James", y, si efectivamente lo hubo, cuál fue su personalidad y cuáles sus realizaciones. Gracias por su atención.

Referencias

Angell, J. R. (1906). The Province of Functional Psychology. *Psychol. Rev.*, 1907, 14, 61-69.

Darwin, C. (1859). *The origin of Species by means of Natural Selection*. Vers. Cast.: Madrid, Espasa-Calpe, 2003.

Carr, H.A. (1930). "Functionalism". En *Psychologies of 1930*. Clark University Press, Worcester, Massachusetts. Vers. cast.: "Funcionalismo". En H. Carr, W. McDougall, y G. S. Brett. *Psicología del "acto"*. Buenos Aires, Edit. Paidós, 1965, pp. 9-49.

Dewey, J. (1896). The Reflex Arc Concept in Psychology. *Psychol. Rev.*, 3, 357-370.

James, W. (1890). *Principles of Psychology*. Vers. Cast.: Madrid, Damiel Jorro, Editor, 1909.

James, W. (1892). *Psychology: Briefer Course*. Vers. Cast.: Madrid, Daniel Jorro, Editor, 1916.

Locke, J. (1690). *An Essay concerning Human Understanding*. Vers. Cast.: México, FCE, 1956.

Titchener, E. B. (1898). The Postulates of a Structural Psychology. *Phil. Rev.*, 7, 449-465.

Titchener, E. B. (1899). Structural and Functional Psychology. *Phil. Rev.*, 8, 290-299.

A Suggestion About Mysticism

William James
Harvard University

The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods, Vol. 7, No. 4. (Feb. 17, 1910), pp. 85-92.

Much interest in the subject of religious mysticism has been shown in philosophic circles of late years. Most of the writings I have seen have treated the subject from the outside, for I know of no one who has spoken as having the direct authority of experience in favor of his views. I also am an outsider, and very likely what I say will prove the fact loudly enough to readers who possibly may stand within the pale. Nevertheless, since between outsiders one is as good as another, I will not leave my suggestion unexpressed.

The suggestion, stated very briefly, is that states of mystical intuition may be only very sudden and great extensions of the ordinary "field of consciousness." Concerning the causes of such extensions I have no suggestion to make; but the extension itself would, if my view be correct, consist in an immense spreading of the margin of the field, so that knowledge ordinarily transmarginal would become included, and the ordinary margin would grow more central. Fechner's "wave-scheme" will diagrammatize the alteration, as I conceive it, if we suppose that the wave of present awareness, steep above the horizontal line that represents the plane of the usual "threshold," slopes away below it very gradually in all directions.

A fall of the threshold, however caused, would, under these circumstances, produce the state of things which we see on an unusually flat shore at the ebb of a spring-tide. Vast tracts usually covered'are then revealed to view, but nothing rises more than a few inches above the water's bed, and great parts of the scene are submerged again, whenever a wave washes over them.

Some persons have naturally a very wide, other a very narrow, field of consciousness. The narrow field may be represented by an unusually steep form of the wave. When by any accident the threshold lowers, in persons of this type –I speak here from direct personal experience– so that the field widens and the relations of its center to matters usually subliminal come into view, the larger panorama perceived fills the mind with exhilaration and sense of mental power. It is a refreshing experience; and –such is now my hypothesis– we only have to suppose it to occur in an exceptionally extensive form, to give us a mystical paroxysm, if such a term be allowed.

A few remarks about the field of consciousness may be needed to give more definiteness to my hypothesis. The field is composed at all times of a mass of present sensation, in a cloud of memories, emotions, concepts, etc. Yet these ingredients, which have to be named separately, are not separate, as the conscious field contains them. Its form is that of a much-at-once, in the unity of which the sensations, memories, concepts, impulses, etc., coalesce and are dissolved. The present field as a whole came continuously out of its predecessor and will melt into its successor as continuously again, one sensation-mass passing into another sensation-mass and giving the character of a gradually changing *present* to the experience, while the memories and concepts carry time-coefficients which place whatever is present in a temporal perspective more or less vast.

When, now, the threshold falls, what comes into view is not the next mass of *sensation*; for sensation requires new physical stimulations to produce it, and no alteration of a purely mental threshold can create these. Only in case the physical stimuli were already at work subliminally, preparing the next sensation, would whatever sub-sensation was already prepared reveal itself when the threshold fell. But with the memories, concepts, and conational states, the case is different. Nobody knows exactly how far we are "marginally" conscious of these at ordinary times, or how far beyond the "margin" of our present thought transmarginal consciousness of them may exist.[1] There is at any rate no definite bound set between what is central and what is marginal in consciousness, and the margin itself has no definite bound a *parte foris*. It is like the field of vjsion, which the slightest movement of the eye will extend, revealing objects that always stood there to be known. My hypothesis is that a movement of the

[1] Transmarginal or subliminal, the terms are synonymous. Some psychologists deny the existence of such consciousness altogether (A. H. Pierce, for example, and Münsterberg apparently). Others, *e. g.*, Bergson, make it exist and carry the whole freight of our past. Others again (as Myers) would have it extend (in the "telepathic" mode of communication) from one person's mind into another's. For the purposes of my hypothesis I have to postulate its existence; and once postulating it, I prefer not to set any definite bounds to its extent.

threshold downwards will similarly bring a mass of subconscious memories, conceptions, emotional feelings, and perceptions of relation, etc., into view all at once; and that if this enlargement of the nimbus that surrounds the sensational present is vast enough, while no one of the items it contains attracts our attention singly, we shall have the conditions fulfilled for a kind of consciousness in all essential respects like that termed mystical. It will be transient, if the change of threshold is transient. It will be of reality, enlargement, and illumination, possibly rapturously so. It will be of unification, for the present coalesces in it with ranges of the remote quite out of its reach under ordinary circumstances; and the sense of *relation* will be greatly enhanced. Its form will be intuitive or perceptual, not conceptual, for the remembered or conceived objects in the enlarged field are supposed not to attract the attention singly, but only to give the sense of a tremendous muchness suddenly revealed. If they attracted attention separately, we should have the ordinary steep-waved consciousness, and the mystical character would depart.

Such is my suggestion. Persons who *know* something of mystical experience will no doubt find in it much to criticize. If any such shall do so with definiteness, it will have amply served its purpose of helping our understanding of mystical states to become more precise.

The notion I have tried (at such expense of metaphor) to set forth was originally suggested to me by certain experiences of my own, which could only be described as very sudden and incomprehensible enlargements of the conscious field, bringing with them a curious sense of cognition of real fact. All have occurred within the past five years; three of them were similar in type; the fourth was unique.

In each of the three like cases, the experience broke in abruptly upon a perfectly commonplace situation and lasted perhaps less than two minutes. In one instance I was engaged in conversation, but I doubt whether the interlocutor noticed my abstraction. What happened each time was that I seemed all at once to be reminded of a past experience; and this reminiscence, ere I could conceive or name it distinctly, developed into something further that belonged with it, this in turn into something further still, and so on, until the process faded out, leaving me amazed at the sudden vision of increasing ranges of distant fact of which I could give no articulate account. The mode of consciousness was perceptual, not conceptual –the field expanding so fast that there seemed no time for conception or identification to get in its work. There was a strongly exciting sense that my knowledge of past (or present?) reality was enlarging pulse by pulse, but so rapidly that my intellectual processes could not keep up the pace. The *content* was thus entirely lost to retrospection– it sank into the limbo into which dreams vanish as we gradually awake. The feeling –I won't call it belief– that I had had a sudden *opening*, had seen through a window, as it were, distant realities that incomprehensibly belonged with my own life, was so acute that I can not shake it off to-day.

This conviction of fact-revealed, together with the perceptual form of

the experience and the inability to make articulate report, are all characters of mystical states. The point of difference is that in my case certain special directions only, in the field of reality, seemed to get suddenly uncovered, whereas in classical mystical experiences it appears rather as if the whole of reality were uncovered at once. *Uncovering* of some sort is the essence of the phenomenon, at any rate, and is what, in the language of the Fechnerian wave-metaphor, I have used the expression "fall of the threshold" to denote.

My fourth experience of uncovering had to do with dreams. I was suddenly intromitted into the cognizance of a pair of dreams that I could not remember myself to have had, yet they seemed somehow to connect with me. I despair of giving the reader any just idea of the bewildering confusion of mind into which I was thrown by this, the most intensely peculiar experience of my whole life. I wrote a full memorandum of it a couple of days after it happened, and appended some reflections. Even though it should cast no light on the conditions of mysticism, it seems as if this record might be worthy of publication, simply as a contribution to the descriptive literature of pathological mental states. I let it follow, therefore, as originally written, with only a few words altered to make the account more clear.

"San Francisco, Feb. 14th 1906.–The night before last, in my bed at Stanford University, I woke at about 7.30 A.M., from a quiet dream of some sort, and whilst gathering my waking wits, seemed suddenly to get mixed up with reminiscences of a dream of an entirely different sort, which seemed to telescope, as it were, into the first one, a dream very elaborate, of lions, and tragic. I concluded this to have been a previous dream of the same sleep; but the apparent mingling of two dreams was something very queer, which I had never before experienced.

"On the following night (Feb. 12-13) I awoke suddenly from my first sleep, which appeared to have been very heavy, in the middle of a dream, in thinking of which I became suddenly confused by the contents of two other dreams that shuffled themselves abruptly in between the parts of the first dream, and of which I couldn't grasp the origin. Whence come *these dreams*? I asked. They were close to *me*, and fresh, as if I had just dreamed them; and yet they were far away *from the first dream*. The contents of the three had absolutely no connection. One had a cockney atmosphere, it had happened to some one in London. The other two were American. One involved the trying on of a coat (was this the dream I seemed to wake from?) the other was a sort of nightmare and had to do with soldiers. Each had a wholly distinct emotional atmosphere that made its individuality discontinuous with that of the others. And yet, in a moment, as these three dreams alternately telescoped into and out of each other, and I seemed to myself to have been their common dreamer, they seemed quite as distinctly not to have been dreamed in succession, in that one sleep. *When*, then? Not on a previous night, either. When, then? and *which* was the one out of which I had just awakened? *I could no loger tell*: one was as close to me as the others, and yet they entirely repelled each other, and I seemed thus to me as the others, and yet they entirely repelled each other, and I seemed thus to belong to three different dream-systems

at once, no one of which would connect itself either with the others or with my waking life. I began to feel curiously confused and *scared*, and tried to wake myself up wider, but I seemed already wide-awake. Presently cold shivers of dread ran over me: *am I getting into other people's dreams?* Is this a 'telepathic' experience? Or an invasion of double (or treble) personality? Or is it a thrombus in a cortical artery? and the beginning of a general mental 'confusion' and dis-orientation which is going on to develop who knows how far?

"Decidedly I was losing hold of my 'self,' and making acquaintance with a quality of mental distress that I had never known before, its nearest analogue being the sinking, giddying anxiety that one may have when, in the woods, one discovers that one is really 'lost.' Most human troubles look towards a terminus. Most fears point in a direction, and concentrate towards a climax. Most assaults of the evil one may be met by bracing oneself against something, one's principles, one's courage, one's will, one's pride. But in this experience all was diffusion from a centre, and foothold swept away, the brace itself disintegrating all the faster as one needed its support more direly. Meanwhile vivid perception (or remembrance) of the various dreams kept coming over me in alternation. Whose? *whose?* WHOSE? Unless I can *attach* them, I am swept out to sea with no horizon and no bond, getting *lost*. The idea aroused the 'creeps' again, and with it the fear of again falling asleep and renewing the process. It had begun the previous night, but then the confusion had only gone one step, and had seemed simply curious. *This* was the second step –where might I be after a third step had been taken? My teeth chattered at the thought.

"At the same time I found myself filled with a new pity towards persons passing into dementia with *Verwirrtheit*, or into invasions of secondary personality. *We* regard them as simply *curious*; but what *they* want in the awful drift of their being out of its customary self, is any principle of steadiness to hold on to. We ought to assure them and reassure them that we will stand by them, and recognize the true self in them to the end. We ought to let them know that we are with *them* and not (as too often we must seem to them) a part of the world that but confirms and publishes their deliquescence.

"Evidently I was in full possession of my reflective wits; and whenever I thus objectively thought of the situation in which I was, my anxieties ceased. But there was a tendency to relapse into the dreams and reminiscences, and to relapse vividly; and then the confusion recommenced, along with the emotion of dread lest it should develop farther.

"Then I looked at my watch. Half past twelve! Midnight, therefore. And this gave me another reflective idea. Habitually, on going to bed, I fall into a very deep slumber from which I never naturally awaken until after two. I never awaken, therefore, from a midnight dream, as I did to-night, so of midnight dreams my ordinary consciousness retains no recollection. My sleep seemed terribly heavy as I woke to-night. Dream states carry dream memories –why may not the two succedaneous dreams (whichever two of the three *were* succe-

daneous dreams (whichever two of the three *were* succedaneous) be memories of *twelve o'clock dreams of previous nights*, swept in, along with the just-fading dream, into the just-waking system of memory? Why, in short, may I not be tapping, in a way precluded by my ordinary habit of life, *the midnight stratum* of my past experiences?

"This idea gave great relief –I felt now as if I were in full possession of my *anima rationalis*. I turned on my light, resolving to read myself to sleep. But I didn't read, I felt drowsy instead, and, putting out the light, soon was in the arms of Morpheus.

"I woke again two or three times before daybreak with no dream-experiences, and finally, with a curious, but not alarming, confusion between two dreams, similar to that which I had had the previous morning, I awoke to the new day at seven.

"Nothing peculiar happened the following night, so the thing seems destined not to develop any further. "[2]

The distressing confusion of mind in this experience was the exact opposite of mystical illumination, and equally unmystical was the definiteness of what was perceived. But the exaltation of the sense of relation was mystical (the perplexity all revolved about the fact that the three dreams *both did and did not belong in the most intimate way together*); and the sense that reality was being uncovered was mystical in the highest degree. To this day I feel that those extra dreams were dreamed in reality, but when, where, and by whom, I can not guess.

In the *Open Court* for December, 1909, Mr. Frederick Hall narrates a fit of ether-mysticism which agrees with my formula very well. When one of his doctors made a remark to the other, he chuckled, for he realized that these friends "believed they saw real things and causes, but they

[2] I print the rest of my memorandum in the shape of a note:–

"Several ideas suggest themselves that make the observation instructive.

"First, the general notion, now gaining ground in mental medicine, that certain mental maladies may be foreshadowed in dream-life, and that therefore the study of the latter may be profitable.

"Then the specific suggestion, that states of 'confusion,' loss of personality, apraxia, etc., so often taken to indicate cortical lesion or degeneration of dementic type, may be very superficial functional affections. In my own case the confusion was *foudroyante* –a state of consciousness unique and unparalleled in my 64 years of the world's experience; yet it alternated quickly with perfectly rational states, as this record shows. It seems, therefore, merely as if the threshold between the rational and the morbid state had, in my case, been temporarily lowered, and as if similar confusions might be very near the line of possibility in all of us.

"There are also the suggestions of a telepathic entrance into some one else's dreams, and of a doubling up of personality. In point of fact I don't know now 'who' had those three dreams, or which one 'I' first woke up from, so quickly did they substitute themselves back and forth for each other, discontinuously. Their discontinuity was the pivot of the situation. My sense of it was as 'vivid' and 'original' an experience as anything Hume could ask for. And yet they kept telescoping!

"Then there is the notion that by waking at certain hours we may tap distinct strata of ancient dream-memory."

didn't, and I did. . . . I was where the causes *were* and to see them required no more mental ability than to recognize a color as blue. . . . The knowledge of how little [the doctors] actually did see, coupled with their evident feeling that they saw all there was, was funny to the last degree. . . . [They], knew as little of the real causes as does the child who, viewing a passing train and noting its revolving wheels, supposes that they, turning of themselves, give to coaches and locomotive their momentum. Or imagine a man seated in a boat, surrounded by. dense fog, and out of the fog seeing a flat stone leap from the crest of one wave to another. *If he had always sat thus*, his explanations must be very crude as compared with those of a man whose eyes could pierce fog, and who saw upon the shore the boy skipping stones. In some such way the remarks of the two physicians seemed to me like the last two 'skips' of a stone thrown from my side. . . . All that was essential in the remark I knew before it was made. Thus to discover convincingly and for myself, that the things which are unseen are those of real importance, this was sufficiently stimulating."

It is evident that Mr. Hall's marginal field got enormously enlarged by the ether, yet so little defined as to its particulars that what he perceived was mainly the thoroughgoing causal integration of its whole content. That this perception brought with it a tremendous feeling of importance and superiority is a matter of course.

I have treated the phenomenon under discussion as if it consisted in the uncovering of tracts of *consciousness*. Is the consciousness already there waiting to be uncovered? and is it a veridical revelation of reality? These are questions on which I do not touch. In the subjects of the experience the "emotion of conviction" is always strong, and sometimes absolute. The ordinary psychologist disposes of the phenomenon under the conveniently "scientific" head of *petit mal*, if not of "bosh" or "rubbish." But we know so little of the noetic value of abnormal mental states of any kind that in my own opinion we had better keep an open mind and collect facts sympathetically for a long time to come. We shall not *understand* these alterations of consciousness either in this generation or in the next.

XXIV Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología.

Málaga, 12 al 14 de mayo de 2011

Héctor García
Universidad de Barcelona

Una importante asistencia confirmó que, año tras año, el Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología tiene un lugar en la vida académica de la península. Los socios, junto a muchos compañeros que comparten el interés por esta disciplina, así como académicos de otros países y alumnos de nuestras facultades, se dirigieron a una de las capitales del sur de Europa para celebrar el XXIV Symposium de la SEHP. Málaga fue una notable anfitriona.

Como ya sucedió hace 15 años, la capital de la provincia malagueña acogió de nuevo y con entusiasmo a los inscritos, que poblaron la ciudad armados de lustrosos cartapacios dignos del más aplicado de los arquitectos. Fue sin duda un acierto la elección de la sede: los cines Albéniz, que albergan cada año el Festival de Cine de Málaga, otorgaron glamour al evento y comodidad para los asistentes. Su emplazamiento en pleno centro histórico malagueño permitió a los congresistas, como nos recordó Juan Antonio Mora, tener un contacto directo, pues estábamos ahí mismo, con lo más vivo de la capital: su patrimonio cultural. Muchos de nosotros pudimos asistir al symposium y volver al hotel paseando, sin que fuera necesaria estructura logística alguna.

En lo que refiere al programa y sus contenidos, preciso es señalar que no pudo defraudar. Si algo caracteriza a los Symposia de la SEHP es su diversidad, y esta 24ª edición no fue una excepción si nos atenemos a las 77 ponencias presentadas. La variedad de temas, teorías, concepciones, incluso distintas formas de pensar la historia de nuestra disciplina se dieron la mano y posibilitaron el debate entre los ponentes y la audiencia.

Antes de entrar en detalle en el desarrollo mismo del Symposium, quisiera detenerme en la presencia internacional y pluridisciplinar del encuentro: ponentes de Brasil, Colombia, Rusia, Italia u Holanda, así como colegas que trabajan en disciplinas afines como la historia, la medicina o las ciencias sociales, acudieron para presentar posters o comunicaciones, dando al encuentro un alcance que merece ser potenciado en las convocatorias a venir. En efecto, pocas cosas pueden enriquecer más un congreso académico que la presencia de profesionales de tan distintos ámbitos y procedencias.

Conviene ahora entrar en profundidad en el programa propuesto: justo es subrayar que la heterogeneidad de temas presidió cada mesa, lo cual dio un aire fresco al conjunto. La conferencia de apertura del congreso fue de lo más interesante: el profesor Enrique García presentó de forma clara y breve, y no de forma acrítica, su interés por el campo de la psicología positiva, campo que fue retomado también en las ponencias de Laura García-Vega y de Juan José Fernández.

La primera mesa, que dio la bienvenida a Binet en su centenario y recordó a uno de los más ilustres psicólogos españoles,

el muy querido Miquel Siguán, nos mantuvo expectantes. De la mano de José María Gondra pudimos escuchar una faceta algo menos conocida del titán francés, esto es, su acercamiento a la sugestión, la hipnosis, la alucinación y la clínica. El homenaje a Siguán vino de la mano de dos jóvenes catalanes, Iván Sánchez-Moreno y Mónica Balltondre, que retomaron dos de los más distantes polos de la obra del pensador español: el amor y el cine de suspense. Todo un juego de sombras que sirvió de exquisito aperitivo a lo que seguiría.

Es imposible comentar aunque sea brevemente todo lo que se expuso, pero trataré de dar una perspectiva general de lo que aconteció. La Historia de la Psicología en España tuvo un peso importante en el Symposium, contando con temas diversos: desde la figura del psicólogo de prisiones, pasando por la correspondencia entre Meyer y Mira en la que ahondó tenazmente Natividad Sánchez, tuvimos incluso la oportunidad de escuchar las singulares aficiones y desventuras del poeta catalán Jacint Verdaguer, en la que para muchos fue la ponencia más original del congreso.

Y esto es sólo por lo que respecta al primer día… y aún nos esperaba la Alcazaba, justo ahí, a tiro de piedra. La visitamos con algo de prisa, pues el monumento cerraba media hora después de nuestra entrada.

El viernes arrancó de buena mañana con tanta o más fuerza que el día inaugural: pudimos bucear acompañados por Elena Minkova en la psicología del desarrollo de la patria rusa, escuchar una versión menos parcial de la obra de Fechner de la mano del siempre preciso Arthur Arruda Leal Ferreira, o escuchar las formas en que algunos compañeros de profesión aplican imaginativamente el plan Bolonia para incentivar al alumnado.

Tras la pausa para el café se dieron lugar temas de lo más diversos, aunque nos acercamos más a consideraciones de índole psicoterapéutica (en torno a las prácticas confesionarias en la historia, la obra de Beck o las consideraciones del psicoanálisis), tras quedar sorprendidos por el vigor expositivo del italiano Nicola Curci en torno a un tema para muchos desconocido: las distintas versiones del aparato rotatorio del psicólogo alemán Karl Marbe.

Por la tarde, nuevas aproximaciones históricas en torno a distintas disciplinas: el pragmatismo jurídico de la España de las primeras décadas del siglo XX, el misticismo ilustrado propuesto por Henri Delacroix, la evolución de la enfermería psiquiátrica en España desde los años 30 a los 70, o una aproximación de la genealogía de la historia desde las ideas de Nietszche, Weber y Rohde, entre otras presentaciones, dibujaron una mesa de mucho nivel.

Para finalizar, la conferencia de Helio Carpintero situó al personal de lleno en el centro neurálgico de este encuentro, esto es, la ciudad de Málaga, por el intermediario de ilustres malagueños: Francisco Giner, José Germain, María Zambrano, y quizás el pensador español más importante, Ortega y Gasset.

Mª V. Mestre y H. Carpintero durante la conferencia de este último.

La noche deparó la consabida cena de gala, en la que no es preciso extenderse pues el disfrute fue general.

Congresistas después de la cena de gala.

Y así llegamos al último día, el sábado, en el que no sin sueño pudimos asistir a nuevas presentaciones. Nos despertó especialmente la interesante propuesta de Hernán Camilo, quien vino desde Colombia para hablar con valentía de cómo es posible hacer una psicología del trabajo crítica; en esta misma línea trabajaba la ponencia de Jorge Castro y Enrique Lafuente, por lo que el intercambio de comentarios en el debate fue muy rico. También resultó llamativa la presentación en torno a la figura del conquistador Alejandro Magno, inspirada por la hermenéutica que se puede derivar del psicoanálisis. Y no quisiera dejar pasar la ponencia de Mauricio Chisvert y María José Monteagudo, pues proponían un acto: pensar en hacer de la Revista de Historia de la Psicología un contenido Open Access con el fin de incrementar su difusión.

Finalmente nos acercábamos a la clausura, momento en el que algunos pudimos sentir que entrabamos en un cierto *looping* (término que retomo del poster que Floor Van Alphen presentó en el symposium, en representación de todos los que se presentaron). En efecto, nos reencontramos, como en el inicio del evento, con la figura de Binet, esta vez de la mano del rigor expositivo de Jacqueline Carroy: un acierto para la clausura.

F. van Alphen, J. Carroy, E. Lafuente, J. A. Mora y M. L. Martín

Si les supo a poco, no falten en 2012 a la cita XXV: Santiago de Compostela nos acoge en la otra punta de la península.

XXV SYMPOSIUM DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

Santiago de Compostela, del 10 al 12 de mayo de 2012.

Secretaría del symposium

Susana Castro Ferro

Teléfono: + 34 8818 16328

Fax: +34 8818 16334

E-mail: xestioneventos@usc.es

susana.castro.ferro@usc.es

Comité científico

Dolores Sáiz Roca (UAB)

Mª Vicenta Mestre Escrivá (UV)

Florentino Blanco (UAM)

Juan Antonio Vera (UM)

Mar Bernal Rivas (USC)

Comité organizador

Mar Bernal Rivas (Presidente)

Mª José Sampedro Vizcaya (Secretaria)

Dolores Ponte Fdez. (Coordinadora)

Vocales: Manuel Blanco Rial, Castor Méndez Paz, Alfredo Campos García, Miguel Alcaraz García y Luz Leirós Lobeiras.

Colaboradores: Antonio Álvarez Cruz, Francisco Esmorís Arranz, Xosé Fernández Rey, Isabel Fraga Carou, Luis Jiménez García, Jaime Redondo Lago.

Sede

El XXV Symposium de la SEHP se celebrará en Santiago de Compostela, capital de Galicia y cuna de ciencia, cultura y religión. Si hermoso y lleno de magia es Santiago, más bella, si cabe, es la tierra que lo acoge. Dice la leyenda que cuando Dios creó el mundo, descansó posando su mano en el fin de la tierra "finis-terrae", dibujando con sus dedos las sublimes rías gallegas. La costa gallega es muy extensa, sus 1500 kilómetros igualan a las costas de las comunidades de Murcia, Valencia y Cataluña juntas, y casi dobla a la andaluza, suficiente extensión para perderse, disfrutar y saborear… Naturaleza, paisaje y gastronomía, constituyen parte del atractivo del entorno compostelano, sin olvidar que sus gentes, patrimonio, cultura y tradiciones son la auténtica identidad de Galicia.

En Santiago se encuentra una de las universidades más antiguas de España, ya que fue en 1495 cuando Lope Gómez de Marzoa creara la primera escuela de Estudio de Gramática instalada en el monasterio de "*San Paio de Antealtares*", aunque no es hasta 1504 cuando el Papa Julio II concede la bula que eleva a estudios superiores tal escuela, alcanzando su pleno desarrollo en 1507 gracias al mecenazgo de Alonso de Fonseca. Así pues, os recibirá una veterana universidad, y si antigua es ésta, más lo es la ciudad; hermoso tributo a la piedra labrada que convive en perfecta armonía con la modernidad y los nuevos

retos arquitectónicos. Por ello mereció en 2002 el reconocimiento de capital Europea de la cultura. Herencia de aquello es la recién inaugurada "*Cidade da Cultura*" nuevo espacio de disfrute de un original concepto de diseño.

Las jornadas de trabajo transcurrirán en el auditorio de Nova Caixa Galicia sito en la plaza de Cervantes, corazón de Compostela, a un paso de la Catedral, del Hospital Real (Hostal de los Reyes Católicos) y del Palacio Rectoral, lo que nos permitirá sumergirnos en el palpitante ritmo de la ciudad. Os esperamos en mayo, estamos ilusionados en recibiros en nuestra tierra, donde, además, celebraremos el 25º aniversario de la Sociedad Española de Historia de la Psicología. Nadie pensaba que cuando un grupo de jóvenes investigadores se unieron para crear una sociedad con la finalidad de "investigación y difusión de los conocimientos en el campo de la Historia de la Psicología y de cuanto está relacionado con ello", 25 años después, seguiría tan vivo y fortalecido el espíritu de sus fundadores. Gracias a las reuniones científicas, se ha conseguido preservar la Historia de la Psicología como uno de los baluartes indiscutibles y necesarios para la formación del psicólogo, recuperar autores relevantes casi invisibles hasta entonces, difundir la investigación, contribuyendo con todo ello a la recuperación del status que le corresponde a la Historia en los estudios de la ciencia. El 25º aniversario merece una especial celebración, nos complace la confianza que depositáis en nuestras manos y esperamos ser los anfitriones que os merecéis, derrochando ilusión y empeño en el desarrollo de tal evento.

Cómo llegar a Compostela

- El aeropuerto de Santiago, Lavacolla, posee conexiones intercontinentales, internacionales y nacionales, se encuentra a 12 Km de Santiago y tiene buena comunicación a través de autobuses. Las compañías que operan habitualmente en Lavacolla son: Iberia, Air-Europa, Spanair, Ryanair y Airnostrum. A través de los aeropuertos de A Coruña y Vigo también hay fácil acceso a Santiago.

- Por carretera (autopista) hay muy buena comunicación con Madrid. Además, Santiago se encuentra en un punto céntrico a las principales ciudades gallegas. Comunicado a través de autovía con Orense (90 km) o con Lugo (100 km) y a través de autopista con A Coruña (70 Km), Ferrol (90 km), Pontevedra (55 km) y Vigo (95 km)

- Dos trenes diarios directos enlazan Santiago-Madrid (TALGO y Expreso) y uno con Bilbao. A través de un único transbordo, se accede diariamente a Barcelona, Hendaya y París.

Contenido temático:

Se proponen una serie de mesas de trabajo que son las que tradicionalmente se vienen estableciendo y alguna específica por las fechas y el lugar de celebración:

- La SEHP en su aniversario.
- Homenaje al profesor Pinillos
- Historia de la psicología española.
- Historia de la psicología en Galicia.
- Mujeres en la historia de la psicología.
- Raíces de las escuelas y sistemas psicológicos.
- Estudios sobre el desarrollo histórico de la investigación de los procesos psicológicos.
- Raíces históricas de ideas y problemas contemporáneos.

Presentación de trabajos

Los trabajos han de ser originales, y aportar novedades en relación a cualquiera de los ámbitos que abarca la Historia de la Psicología y relacionados con los temas propuestos en las diversas mesas.

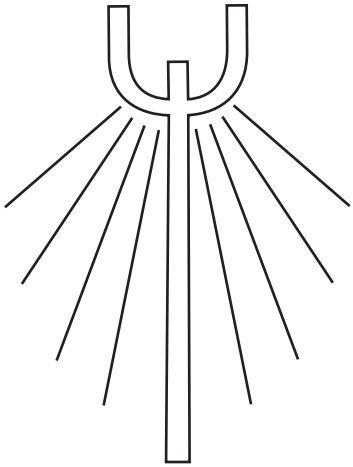
Los interesados han de enviar un resumen, en castellano o inglés, de 550-750 palabras para comunicación y de 150-250 para pósters, antes del 15 de Febrero de 2012. El envío incluirá: título, resumen con bibliografía, especificación de si se trata de comunicación o póster, nombre y apellidos del autor (o autores), centro de trabajo, dirección postal, E-mail, teléfono y fax, y solicitud de equipamiento necesario para la presentación. Todos los trabajos se enviarán, a través del correo electrónico y en formato PDF, a la secretaria del comité ejecutivo, y los autores recibirán acuse de recibo en un plazo máximo de tres días hábiles, debiendo contactar con la secretaria en caso contrario. En la primera quincena de marzo se les enviará a los autores de los resúmenes, la aceptación, las correcciones necesarias para su definitiva admisión, o, en su caso, el rechazo del mismo. Recordar que, por acuerdo de la SEHP, un mismo firmante solo puede presentar un trabajo en forma de comunicación, (aunque sí podría además presentar Posters).

Cuotas de inscripción

Cuotas	Antes del 10 de marzo	Después del 10 de marzo
Socios SEHP	175 €	195 €
No socios	215 €	235 €
Estudiantes (cena incluida)	135 €	155 €
Estudiantes (cena no incluida)	65 €	85 €

Los precios incluyen la inscripción, los servicios (coffee-breaks, cocteles, libro de actas etc.) y la cena de cierre (excepto, cuando se indica lo contrario).

Próximamente pondremos a vuestra disposición la página Web del Symposium, con todos los aspectos relativos a la inscripción, direcciones de envíos de trabajos, ofertas hoteleras y links de interés, así como el recordatorio de las efemérides que se cumplen en el 2012.



premios 2012

La Sociedad Española de Historia de la Psicología convoca los premios "Juan Huarte de San Juan" y "Antonio Caparrós" 2012, para trabajos de investigación en Historia de la Psicología en España y fuera de España respectivamente, de acuerdo con las siguientes bases:

PREMIO JUAN HUARTE DE SAN JUAN

1. Los trabajos deberán versar sobre cualquier tema del pasado de la psicología o ciencias afines en España.

2. Podrán concurrir a los Premios los estudiantes universitarios que acrediten su condición de tales, y que estén iniciándose en la investigación de dichos temas, siempre y cuando no hubiesen obtenido ya previamente este galardón.

3. Los trabajos deberán estar redactados en cualquiera de las lenguas del Estado Español, ser originales y no haber sido publicados previamente, dejando bien especificado, a través de las referencias bibliográficas, que sus autores conocen y manejan la bibliografía previa sobre el tema.

4. Podrán ser realizados individualmente o en equipo.

5. Deberán tener una extensión de entre 25 y 30 páginas a doble espacio e ir acompañados de las correspondientes referencias documentales.

6. El plazo de presentación se cerrará el 1 de marzo de 2012. Los trabajos deberán ser remitidos, junto a al currículum vitae del aspirante, a la Secretaría de la SEHP, al correo electrónico sehp@sehp.org

7. Actuará de Jurado un Comité Científico designado por la Junta Directiva de la Sociedad Española de Historia de la Psicología, que dará a conocer el premio antes de la celebración del XXV Symposium de la SEHP, con el fin de que el premiado/s pueda/n organizar su asistencia a este evento.

8. El trabajo premiado se presentará en el XXV Symposium de la S.E.H.P., y será publicado, tras las pertinentes revisiones propuestas por el Editor Ejecutivo, en la Revista de Historia de la Psicología. Sus autores recibirán una cantidad en metálico de 180 euros, más la gratuidad de la inscripción al Symposium.

9. El fallo del Jurado será inapelable y el Premio podrá ser declarado desierto.

PREMIO ANTONIO CAPARRÓS

1. Los trabajos deberán versar sobre cualquier tema del pasado de la psicología o ciencias afines fuera de España.

2. Podrán concurrir a los Premios los estudiantes universitarios que acrediten su condición de tales, y que estén iniciándose en la investigación de dichos temas, siempre y cuando no hubiesen obtenido ya previamente este galardón.

3. Los trabajos deberán estar redactados en cualquiera de las lenguas del Estado Español, ser originales y no haber sido publicados previamente, dejando bien especificado, a través de las referencias bibliográficas, que sus autores conocen y manejan la bibliografía previa sobre el tema.

4. Podrán ser realizados individualmente o en equipo.

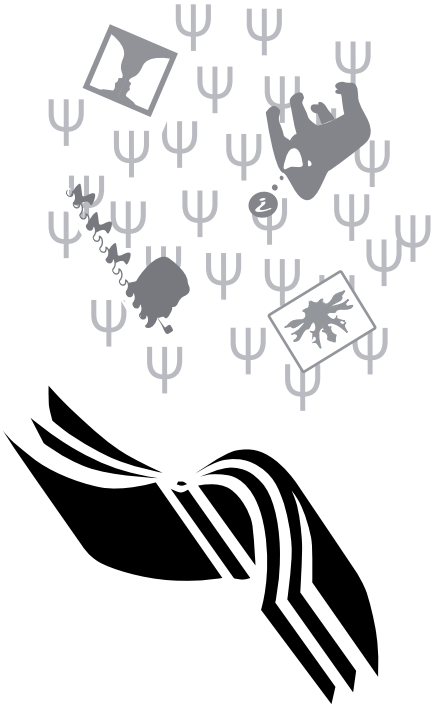
5. Deberán tener una extensión de entre 25 y 30 páginas a doble espacio e ir acompañados de las correspondientes referencias documentales.

6. El plazo de presentación se cerrará el 1 de marzo de 2012. Los trabajos deberán ser remitidos, junto a al currículum vitae del aspirante, a la Secretaría de la SEHP, al correo electrónico sehp@sehp.org

7. Actuará de Jurado un Comité Científico designado por la Junta Directiva de la Sociedad Española de Historia de la Psicología, que dará a conocer el premio antes de la celebración del XXV Symposium de la SEHP, con el fin de que el premiado/s pueda/n organizar su asistencia a este evento.

8. El trabajo premiado se presentará en el XXV Symposium de la S.E.H.P., y será publicado, tras las pertinentes revisiones propuestas por el Editor Ejecutivo, en la Revista de Historia de la Psicología. Sus autores recibirán una cantidad en metálico de 180 euros, más la gratuidad de la inscripción al Symposium.

9. El fallo del Jurado será inapelable y el Premio podrá ser declarado desierto.



reseñas críticas

LIBROS

Sluga, G. (2006). *The Nation, Psychology, and International Politics, 1870-1919*. New York, NY: Palgrave Macmillan.

Este libro interesará a todos los historiadores preocupados por cómo los discursos psicológicos se imbricaron en aquellas prácticas de la cultura occidental que, en el gozne de los siglos XIX y XX, definieron y administraron el modelo de sujeto moderno. Sluga toma como referencia crucial de este proceso los encuentros para la negociación de la paz que siguieron a la Primera Guerra Mundial, contexto en el que, bajo la inspiración de los así llamados "catorce puntos" del presidente estadounidense Woodrow Wilson, el liberalismo se atribuyó la tarea de diseñar el nuevo orden mundial. Enmarcado en un excelente retrato babélico del escenario diplomático que supuso el París de 1919 –preñado de delegaciones e intereses geoestratégicos de todos los rincones del mundo- Sluga nos muestra cómo en la definición del nuevo orden internacional resultó crucial la asesoría y labor legitimadora de los intelectuales y especialistas académicos de los países vencedores –concretamente, estadounidenses, británicos y franceses–. Se convirtieron en agentes sancionadores de la realidad socio-cultural desde diversos ámbitos disciplinares –geografía, historia, antropología, psicología, política, etc.– y para ello emplearon de manera privilegiada el discurso psicológico. Su aura cientificista arropó las decisiones y medidas políticas con las que se trató de resolver el devenir de las naciones.

Sluga estructura estas cuestiones a través de cinco capítulos supuestamente organizados de forma genealógica y retrospectiva; esto es, tomando como referencia el episodio de la Conferencia de Paz de París en 1919 y rastreando hacia atrás las la emergencia de los discursos psicológicos relacionados con las ideas liberales de nación o nacionalidad. Los capítulos se dedican así a *La Ciencia y el nuevo orden nacional del mundo (1919), El principio de Nacionalidad (1914-1919), Psicología, raza y la cuestión nacional (1870-1914), El yo de género y las naciones políticas (1870-1914) y El género y el apogeo del nacionalismo (1914-1919)*. Teniendo en cuenta esta propuesta organizativa y programática, quizá convenga señalar que, aún bajo un foco teórico e historiográfico común, Sluga nos está proponiendo en realidad dos grandes estudios interconectados pero fácilmente distinguibles: uno más genérico, relativo a la influencia de las disciplinas relacionadas con la psicología colectiva (psicología de las razas, de las masas, de las naciones, de los pueblos, etc.) en la reorganización del mapa mundial durante la conferencia de paz, y otro más específico, relacionado con la cuestión del género y las posibilidades del sufragio universal y los derechos de la mujer en relación con ese mismo marco histórico-político.

Puede discutirse si la articulación de ambos ámbitos en el libro Sluga es más o menos acertada, pero no que la autora pone el dedo en la llaga a propósito de varias cuestiones cruciales. Desde mi punto de vista, lo más relevante es su señalamiento de la relación íntima y fundacional entre el proyecto nacionalista y el liberalismo y, en estrecha conexión con ello, la vinculación entre los "orígenes" de la psicología científica y del propio principio de nacionalidad. Efectivamente, no es casual que en el último tercio del siglo XIX –precisamente, en torno a la mítica fundación del laboratorio wundtiano- la mayoría de las naciones occidentales empiecen, por un lado, a preocuparse especialmente por la reordenación y gestión de sus poblaciones en el marco del estado-nación y, por otro, celebren la psicología como la disciplina científica más apropiada para tratar –en lo teórico y lo práctico– las diversas cuestiones del ser humano. Sluga maneja buenos argumentos a ese respecto, pero creo que no explora a fondo sus interrelaciones y consecuencias. A ese respecto, por ejemplo, supone que la supuesta cientificidad de la psicología decimonónica –auspiciada por autores como Spencer, Le Bon, Ribot, etc.– es la causa principal de su interesada utilización liberal y nacionalista. A mi modo de ver es más bien la psicologización de la cultura occidental –genealógicamente previa– la que metaboliza la convergencia del instrumental y proyecto cientificista de la psicología de finales del siglo XIX con la gestión poblacional. Seguramente esto pase inadvertido la escasa atención que en el libro se presta a los planteamientos etnopsicológicos previos a 1870. Sluga menciona sólo de pasada una relación remota con las ideas sobre el espíritu, el temperamento, el carácter o la mentalidad colectiva de Montesquieu, Rosseau, Hume, Fichte o Hegel. Pero especialmente grave es la poca presencia de la tradición romántica e idealista del *Volkgeist* y, como continuación de ella, la *Völkerpsychologie* de Lazarus y Steinthal y del propio Wundt, sólo mencionado en un pequeño epígrafe.

En línea con lo anterior, Sluga también trae a primer plano la preeminencia del discurso etnopsicológico desarrollado por los vencedores de la Primera Guerra Mundial. Según su lectura esto promovería una supuesta hegemonía de la biología y el darwinismo en la definición de los razas, pueblos y nacionalidades de la época. Supone que la "objetividad" de las estructuras cerebrales y anatómico-fisiológicas y el supuesto lamarckiano-spenceriano de la herencia de los caracteres adquiridos desplazarían finalmente la vaguedad historicista y metafísica del *Volkgeist*. A pesar de que Sluga trabaja las acusaciones de pseudociencia y tendencia al estereotipo que aquellas perspectivas recibieron en su mismo momento histórico –sobre todo a partir de *Public Opinion*, obra de 1922 firmada por el norteamericano W. Lippmann-, en su planteamiento se señala que la aparente potencia científica de aquellas impulso finamente su gran éxito y popularidad.

Desde mi punto de vista, hay salvedades que introducir en esa lectura, pero, sea como sea, Sluga detecta bien el meollo de la cuestión. Sobre todo al señalar cómo, aprovechando su autoridad disciplinar, el objetivo de las psicologías colectivas será dar carta de validez a la existencia de un principio irracional inconsciente y primitivo enterrado en las simas identitarias de los pueblos. Este

Este estrato profundo se utilizará tanto para justificar la autenticidad de las naciones como su inmadurez. Aunque aquí no voy a hablar de ello, es exactamente el mismo esquema que Sluga detecta detrás de los discursos psicológicos sobre la "cuestión de la mujer" en la misma época.

Con ese engranaje, se sientan las bases de una relación subjetivista entre psicología y nación –y, alternativamente, feminidad– que, como hemos señalado, venía siendo tejido desde mucho antes de la fechas trabajadas por Sluga. El pensamiento liberal considerará que todos los pueblos atesoran en su estrato racial, profundo e inconsciente aquellos rasgos que los hacen únicos y diferentes del resto de colectivos humanos. Tal basamento justificaba, entre otras cosas, el patriotismo como una suerte de instinto de autopreservación. Lo que Sluga no parece advertir es que esta operación disciplinar legitima la intención, ya originaria del liberalismo decimonónico, de identificar las masas poblacionales con la nación y desplazar definitivamente a los agentes sociales que había resultado relevantes en el viejo régimen –monarcas, aristócratas, religiosos, artesanos, etc–. En línea con ello, en las profundidades psicológicas del pueblo también se supondrán arraigados los principios de autodeterminación y democracia, pero esto será algo evidente de suyo. Las nuevas élites y agentes sociales del liberalismo temprano se reservarán el derecho de decidir sobre la calidad y competencia nacional de cada individuo concreto (hombre, mujer, niño, incivilizado, etc.); sobre todo a la hora de definir qué es ser ciudadano y las condiciones para ejercer derechos y deberes sin tutela.

En lo que la psicología colabora con el proyecto liberal y moderno, en definitiva, es en la operación socio-histórica de dejar de un lado a sujetos administradores y de otro a sujetos administrados. Claro, también existen otras alternativas psicológicas que en esa misma época sí apostarán ampliamente por la democratización y la formación de la ciudadanía, ya sin rastro de prejuicios deterministas, irracionalistas y racista. Es el caso de J. Dewey y otros exponentes del pragmatismo socialista norteamericano. Pero Sluga no se ocupa de ellos en su obra y el propio Dewey sólo se menciona y enumera dentro de los ejemplos liberales al uso.

En definitiva, con algunas cuentas pendientes, la obra que nos ocupa es muy reveladora de la manera en que la cultura occidental ha construido su relación con la psicología. Sus vericuetos historiográficos y genealógicos invitan al lector a cuestionarse la condición de la psicología como disciplina moderna y sus mecanismos de control, sus grandezas y miserias, por fuera y dentro de la disciplina.

Jorge Castro
UNED

Scaraffia, G. (2009). *Diccionario del dandi*. Madrid: Antonio Machado. (Orig. 2007).

¿Qué pinta un libro como este en un boletín de historia de la psicología? La respuesta nos remite a la historicidad de lo psicológico. Ahora bien, ésta puede entenderse de dos maneras: referida al conocimiento psicológico -en el sentido de que la psicología, en tanto que disciplina, cambia históricamente- o referida a la materia misma de ese conocimiento, en el sentido de que el objeto de la psicología, el comportamiento humano, también cambia históricamente–. Si lo primero es casi evidente para todo el mundo, lo segundo no lo es tanto. Mejor dicho: a veces es evidente de palabra, como declaración de intenciones, mas gran parte de la psicología hace como si la "naturaleza humana" hubiera sido y fuese siempre la misma. A lo sumo, cabría estudiar las diferentes expresiones históricas y culturales de esa naturaleza, pero entendidas como manifestaciones de algo permanente que está por debajo y cuyas leyes deben descubrirse. Contra esa concepción esencialista de lo psicológico, cabe pensar que las supuestas expresiones accidentales de algo sustancialmente humano no son tales accidentes, sino que son ellas mismas las que definen lo humano. No hay una esencia que se exprese o se desarrolle históricamente, sino que la única esencia que hay es el propio desarrollo. Pues bien, desde esta perspectiva tiene mucho sentido analizar las diferentes "ramificaciones" de esa génesis de lo humano entendidas como figuras de la subjetividad que, en ocasiones han adquirido suficiente relieve histórico y cultural como para que, por ejemplo, un profesor de literatura de la Universidad La Sapienza, de Roma, les dedique un libro. Me apresuro a advertir que el título no debe despistar: no se trata de un diccionario más o menos frívolo que enseñe a vestirse con elegancia (suponiendo que identifiquemos el dandismo con esta habilidad). La única razón para denominar diccionario a esta obra es que, a partir de la página 73 (de un total de 219), cada capítulo se consagra a un término que de algún modo define el universo vital de los dandis. Antes de la página 73 Giuseppe Scaraffia nos obsequia con un atractivo texto sobre la "genealogía del dandi" que, si bien podría ser un poco más genealógico, nos abre convenientemente el apetito para ir degustando los breves capítulos que le siguen.

Animal, anticipación, artificio, artificiosidad, belleza, cigarros, coleccionismo, contradecirse, corbata, creación, dialéctica, el dandi, escritura, espejo, excentricidad, felicidad, femenino, fotografía, gravedad, imagen, impasibilidad, instante, ironía, misterio, mistificación, muerte del arte, mujer, pasividad, precocidad, reglas estrictas, satanismo, silencio, sin título, sistema, soledad, superioridad, tiempo, vulgar. He ahí las treinta y ocho entradas de este peculiar diccionario que, en realidad, es un delicioso ensayo sobre una de las figuras de la subjetividad más curiosas y significativas del siglo XIX (aunque no falte quien la extiende, por atrás, hasta Alcibíades y, por delante, hasta nuestros días). El dandi, surgido como una especie de

especie de arribista o niñato encantador en los salones de la aristocracia decadente posterior a la guillotina, se fue metamorfoseando en otras cosas conforme se consumía el siglo XIX, sobre todo en bohemio, esteta o *bon vivant*, aunque también en artista o neurasténico (hubo dandis para casi todos los gustos, pues el propio fenómeno del dandismo evolucionó desde Brummell, su "mito de los orígenes", hasta la Primera Guerra Mundial, cuando el estallido de la sociedad de masas haría poco menos que imposible una distinción individual que fuera más allá del esnobismo o la ostentación). El dandi era un verdadero asceta de sí mismo, y como tal empleaba toda una serie de tecnologías del yo que afectaban a su indumentaria, su gestualidad, su lenguaje, el control de sus emociones, sus habilidades sociales, etc. Todo ello giraba en torno a la *toilette*, momento de auténtica meditación diaria y preparación para la vida. El dandi, además, contituía la contrafigura de la subjetividad burguesa y reflejaba la muerte de un cierto sujeto clásico ligado al Antiguo Régimen, a la vez que anticipaba la problematización de la subjetividad que eclosionó en el último tercio del siglo XIX –con la psicología en primera línea de fuego– y llega hasta nuestros días, cuando otras figuras de la subjetividad -como el trabajador, el consumidor, el individuo posmoderno, etc.- han estado pujando por protagonizar la historia.

José Carlos Loredo Narciandi
UNED

González-Rey, F. L. (2009). *Psicoterapia, subjetividad y postmodernidad. Una aproximación desde Vigotsky hacia una perspectiva histórico-cultural*. Buenos Aires: Noveduc.

Con el estilo combativo que le caracteriza, Fernando González-Rey vuelve a la palestra con un trabajo feroz y sugerente, pero que, por su variedad expositiva, no desarrolla del todo lo que pretende. El título –*Psicoterapia, subjetividad y postmodernidad. Una aproximación desde Vigotsky hacia una perspectiva histórico-cultural*–, por supuesto, no deja ningún tipo de dudas sobre su contenido.

Compuesto por cuatro capítulos y un breve prólogo de Juan Balbi, el libro podría muy bien dividirse en dos partes muy distintas. La primera presentaría una revisión histórica del concepto de subjetividad a través de diversos ángulos: desde la mirada del psicoanálisis y el humanismo clásicos hasta la postura constructivista de Vigotsky, dando finalmente un repaso (y un varapalo) a los reduccionismo lingüísticos de la psicología cognitiva (con Bruner en cabeza) y a las críticas postmodernas más actuales (y en especial a Gergen). Por razones más que evidentes –o quizá sería mejor decir *por no ser precisamente evidentes*–, el conductismo se ausenta en este debate sobre lo subjetivo. Una segunda parte analizaría varios casos de sentidos subjetivos surgidos en el marco familiar, desde cada una de estas perspectivas.

Una de las principales dianas de González-Rey es el giro objetivista que cobró el estudio de la subjetividad en psicología, escollo que el autor resuelve valiéndose de la dicotomía vigotskyana entre sentido y significado y que, no obstante, no escapa tampoco a la polémica. González-Rey asume la necesidad de escribir una historia de la psicología a partir de sus crisis epistemológicas, algo que ya antes reclamaran Willy (1899), Kostyleff (1925), Bühler (1927), Wirth (1927) y el propio Vigotsky (1925). Este espíritu "a la contra" heredado por su formación soviética se traduce sin disimulo en las páginas de este libro.

Arranca su tesis recordando el agrio ostracismo al que los positivistas relegaron a Mesmer. Pese a las acusaciones de charlatán y sacacuartos, abrió las puertas a la hipnosis en el ámbito clínico y, desde ahí, a la exploración del inconsciente como si de un nuevo continente recién descubierto se tratara (y que, todo sea dicho, ya estaba habitado por "salvajes" y "hombres primitivos", por usar la retórica de la época). Otro gallo le cantaría al psicoanálisis, el cual pronto cayó en una perversa paradoja. Tratando de explicar algo tan mutágeno, dinámico y particular como es la subjetividad en términos universales y deterministas, en su reificación positivista se desentendía de la propia construcción histórico-cultural de la subjetividad. Sin querer, el psicoanálisis llegó así de nuevo a un callejón sin salida de carácter metafísico, pues terminó cosificando su objeto de estudio con un lenguaje categórico y de pretensiones naturalistas.

Frente a esta problemática surgió la alternativa jungiana, la cual entendía la psicoterapia como un proceso subjetivo, de construcción dialéctica y enraizada en símbolos culturales e históricamente implícitos. En realidad, González-Rey propone un puente directo entre esta orientación y la psicología humanista, de la que destapa otras influencias psicoanalíticas, gestálticas, fenomenológicas, existencialistas e incluso del pragmatismo jamesiano. La corriente humanista subrayó la importancia de la agencialidad y el papel activo del sujeto, despatologizándolo de sus trastornos. El autor se vale de su defensa de las nuevas terapias sistémicas, dado que el análisis de las relaciones familiares no puede reducirse a leyes universales, como se verá en la segunda mitad del libro.

En ella, González-Rey plantea una redefinición de algunos conceptos psicológicos, destacando dos fundamentales como los de patología y subjetividad. Abordará ambas nociones por medio del estudio de varios casos desde la perspectiva constructivista, donde el sujeto adopta un rol más activo frente al problema durante la sesión de terapia. Por el contrario, la tradición más habitual y conservadora desde los tiempos de Freud ha sido la de tomar lo patológico como valor categorial. Para el constructivismo publicitado por el autor, lo patológico depende del modo cómo se construye y lo vive el sujeto. González-Rey aprovecha esta exposición de la terapia como sistema de relaciones del paciente con su problema para, consecuentemente, criticar la separación clásica en la psico-

gía clínica entre salud somática y salud mental, subiéndose al carro de otras lecturas posmodernas (como las de Foucault, Lyotard o Guattari, entre otros).

No pierde ocasión el autor para denunciar las confusas trifulcas entre los posicionamientos constructivistas y construccionistas, diferencias que, en el fondo, no lo son tanto ya que fueron apuntadas por Vigotsky como problemas epistemológicos básicos. Por descontado, y lejos de resolverlos, la psicología se ha escindido entre las dos líneas de reflexión citadas arriba. En el curso de sus historias paralelas, el constructivismo ruso y el construccionismo social beben de fuentes muy distintas: el primero huelga decir que se asienta en Vigotsky (y que se extiende hasta obras más cercanas de la psicología cultural, como las de Wertsch o Cole); el segundo deriva en cambio del estructuralismo francés y de un pragmatismo norteamericano mal entendidos, porque concluyen con el relativismo absoluto, la negación radical del sujeto y la naturalización de las prácticas sociales. En resumen, y según manifiesta contundentemente González-Rey, el construccionismo concibe una comunidad sin autores ni actores, donde el sujeto no piensa, crea ni genera nada por sí solo y cuya construcción viene impuesta.

Por su parte, González-Rey defiende que la subjetividad no debe ser abordada como un acto individual(ista), sino como resultado del conjunto de efectos subjetivos extremos asociados a sus experiencias sociales, sean éstas definidas histórica o puntualmente. De ahí su interés por el estudio de las narrativas de vida, ya que el contar la historia de uno/a mismo/a implica un proceso de reconstrucción, autoevaluación y producción de nuevos sentidos subjetivos. Estos relatos no tienen por qué corresponder a una "verdad" objetiva, sino a modos de interpretar la realidad que, asimismo, se sostienen en base a experiencias pasa- das que, reales o no, han sido más valiosas y significativas para el sujeto. Justo aquí es donde el libro da un vuelco hacia otra senda que por desgracia queda repentinamente interrumpida. Aunque las ideas que lanza a lo largo de sus 200 páginas son muy sugerentes, no cierra del todo sus reflexiones, dejándolas muchas veces en el aire. Más que un manual de psicoterapia, el libro debe leerse como un work-in-progress enriquecedor para avivar muchas de las cuestiones epistemológicas que preocupan a los historiadores de la psicología.

Iván Sánchez-Moreno
UNED

Diván, el terrible

Iván Sánchez-Moreno
UNED

Inevitablemente el diván ha quedado asociado a la obra de Freud como la uña a la carne. Fue tal su implicación como objeto práctico en los orígenes del psicoanálisis que no podría haberse concebido sin los beneficios metodológicos que reportaba dicho mueble. Hace apenas un lustro, el Museo Freud de Viena dedicó una exposición al diván como simpático homenaje al 150º aniversario del padre del psicoanálisis. El gran ausente de la muestra, sin embargo, fue el verdadero protagonista de esta historia, presente en el otro Museo Freud, el de Londres, desde que el famoso neurólogo huyera de su amada Viena en 1938 ante la amenaza nazi. Incapaz de separarse de sus enseres más preciados, su extensa y apolillada biblioteca, su querida colección de reliquias arquitectónicas y, por supuesto, su eterno diván viajaron con él al exilio y restaron consigo hasta el día de su muerte, un año más tarde.

La involuntaria contribución del diván en el nacimiento del psicoanálisis no fue tampoco producto de la casualidad. El diván era un mueble típico de la época en todo hogar vienés, y dado que Freud atendía en su casa, su cometido sustituía el de la tradicional camilla del ámbito clínico. Freud se solía sentar en un sillón detrás del diván para mantenerse fuera del alcance de la mirada del paciente, evitando así incomodar a éste con su presencia, por un lado, y distraer el hilo de sus pensamientos, por el otro. El diván favorecía la relajación del cuerpo y adquiría un valor significativo en la terapia como lugar simbólico donde el sujeto adoptaba el rol de paciente y desde el cual afloraba y se articulaba verbalmente todo el discurso del inconsciente.

Este asiento a medio camino entre el sofá y la cama, de estatura intermedia, es uno de los muebles más característicos de la alta burguesía decimonónica por antonomasia. Representativo de la impostada languidez del *dandy*, altar del *dolce far niente* y *atrezzo* ideal para las pasiones furtivas, el diván comenzó a estar mal visto en tiempos de Freud cuando pasó a ser uno de los elementos escenográficos básicos –junto con la pianola y el bidé– en todo burdel de postín. El propio Balzac decía de los divanes en *La fisiología del matrimonio* (1973) que eran "esencialmente muebles de perdición", y no le faltaba parte de razón. Muchos artistas –como Oscar Wilde, Toulouse-Lautrec, Apollinaire, Man Ray, André Breton o Max Ernst, entre otros– se retrataron recostados sobre un ostentoso diván, a la par que se codiciaba como objeto-fetiche entre las vanguardias de finales del siglo XIX y principios del XX hasta la eclosión del surrealismo, que lo adoptó como icono creativo. La última orgía artística

memorable sobre un diván la protagonizó Andy Warhol en 1964, quien filmó durante horas y a escondidas su viejo diván en la Factory, el taller neoyorquino que servía tanto de rincón para la inspiración como de picadero fugaz.

En realidad, este libidinoso uso no se alejaba demasiado de su objetivo inicial, que no era otro que el de servir como marco de reunión. De hecho, su nombre proviene del *diwan* persa, palabra que designaba la sala rodeada de almohadones donde se convocaba el consejo del sultán para dirimir los asuntos de Estado. Esta apropiación de arabicismos influyó poderosamente en las artes decorativas europeas del siglo XIX, extendiéndose tan rápido como la lúes la moda de las camas turcas, las alfombras persas, las otomanas o taburetes tapizados y, cómo no, los divanes –también llamados *chaise-longue*–. Que se les conozca en la Inglaterra victoriana por el nombre de *daybed* no disimula su tentadora función para echarse la siesta.

Este mismo afán por los exotismos ornamentales es el que llevó a Freud a atesorar cuantiosas mantas, alfombras, tapetes, tapices y almohadones orientales en su atestado despacho. Un vistoso edredón cubría siempre su viejo diván como recurso profiláctico para los pacientes. Ese objeto aparentemente banal, en cambio, fue tan íntimo para él como lo es un viejo roble en el que los amantes grabaron sus iniciales insertadas en un corazón. Fue aquel "mueble de perdición" el regalo de una paciente agradecida, Madame Benvenisti (según Peter Gay, 2010), quien en la década de 1890 selló con su desprendido gesto el inicio de una nueva era. Una era terrible llena de traumas, catarsis y neurosis de todo tipo estiradas en un diván.

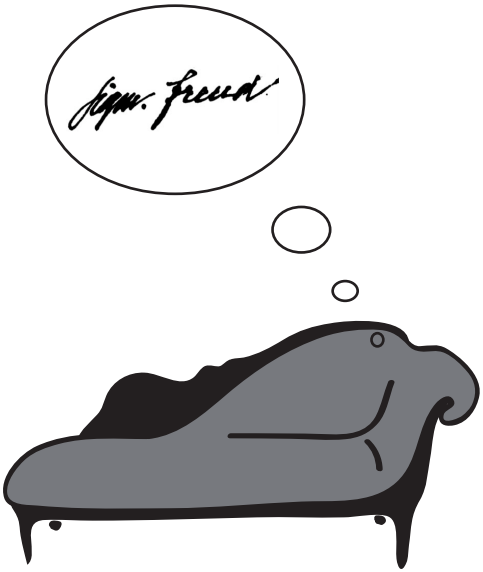
Referencias bibliográficas

Balzac, H. (1973). *La fisiología del matrimonio*. Barcelona: Petronio (original de 1829).

Gay, P. (2010). *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós.

Giedion, S. (1978). *La mecanización toma el mando.* Barcelona: Gustavo Gili.

Jones, E. (2003). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Barcelona: Anagrama.



información varia

LIBROS

Bergson, H. (2007-2011). *Oeuvres complètes*. París: P.U.F.

Bergstein, M. (2010). *Mirrors of Memory: Freud, Photography and the History of Art*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Buchanan, R.D. (2010). *Playing with Fire: The Controversial Career of Hans J. Eysenck*. Nueva York: Oxford University Press.

Fassin, D. & Rechtman, R. (2009). *The Empire of Trauma: An Inquiry into the Condition of Victimhood*. Princeton: Princeton University Press.

Greenberg, G. (2010). *Manufacturing Depression: The Secret History of a Modern Disease*. Nueva York: Simon & Schuster.

Livingstone, D. & Withers, Ch. W. J. (eds.) (2011). *Geographies of Nineteenth-Century Science*. Chicago: University of Chicago Press.

Mayo, J.A. (2010). *Constructing Undergraduate Psychology Curricula: Promoting Authentic learning and Assessment in the Teaching of Psychology*. Washington: APA.

Pérez Álvarez, M. (2011). *El mito del cerebro creador. Cuerpo, cultura y conducta*. Madrid: Alianza.

Rieder, Ph. (2010). *La Figure du Patient au XVIIIe Siècle*. Ginebra: Librairie Droz.

Rutherford, A. (2009). *Beyond the Box: B.F. Skinner's Technology of behavior from Laboratory to Life, 1950-1970s*. Toronto: University of Toronto Press.

Stekel, W. (2010). *Sadism and Masochism: The Psychopathology of Sexual Cruelty*. Washington: Solar Books.

Weeks, A.D. (2011). *Psicología de la ciudadanía*. Oviedo: KRK. Ed. a cargo de J.C. Loredo y J. Castro. (Orig. 1917)

CONGRESOS

Los caminos de la exclusión en la sociedad medieval: Pecado, delito y represión. XXII Semana de Estudios Medievales. 1-5 de agosto de 2011, Nájera (La Rioja): www.amigosdelahistorianajerillense.com

American Psychological Association. 4-7 de agosto de 2011, Washington (EEUU): http://www.apa.org/news/press/releases/2011/06/annual-convention.aspx

International Research Congress On Monte Verita: International and National Standardisation and Differentiation of Education Systems from a Historical Perspective. 28 de agosto – 2 de septiembre de 2011, Ticino (Suiza): http://edu.unibe.ch/content/aap/dokumente/monte_verit_2011/

Stories of Psychology: Archives, Histories and What They Tell Us. History of Psychology Symposium. 11 de octubre de 2011, Londres: http://hopc.bps.org.uk/hopc/symp/symp_home.cfm

On Resentment. An Interdisciplinary Workshop of the History of Emotions. 26-28 de octubre de 2011, Ginebra (Suiza): http://www.cchs.csic.es/es/node/276852 y http://www.ih.csic.es/es/node/276852

History of Science Society. 3-6 de noviembre de 2011, Cleveland, Ohio (EEUU): http://www.hssonline.org/Meeting/

36th Annual Meeting of the Social Science History Association. 17-20 de noviembre de 2011, Boston, Massachusetts (EEUU): http://www.ssha.org/

EXPOSICIONES

From Kirchner Till This Day. Artists Reaction of the Prinzhorn Collection. 17 de mayo – 14 de agosto de 2011. Universidad de Heidelberg (Alemania): http://prinzhorn.ukl-hd.de/

In de marge / In the margin. Belgian Documentary Photography. 2 de junio – 4 de septiembre de 2011. Museum Dr. Guislain, Gante (Bélgica): http://www.museumdrguislain.be/

JUNTA DIRECTIVA

Presidenta: Milagros Sáiz
Vicepresidente: Javier Bandrés
Secretaria: Noemí Pizarroso
Tesorera: María Vicenta Mestre
Vocales: José Quintana
Manuel Sánchez de Miguel
Natividad Sánchez González

SEDE SOCIAL

Dpto. de Psicología Básica
Facultad de Psicología
Universidad Autónoma de Madrid
Campus de Cantoblanco
28049 Madrid

EDITORES

Principales
Belén Jiménez
Rubén Gómez-Soriano

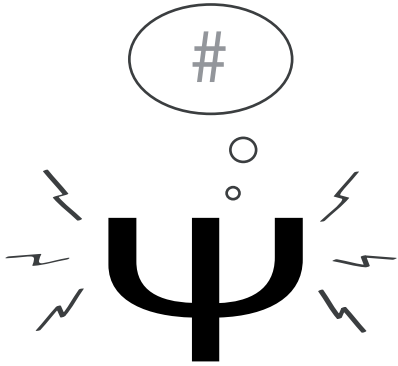
Equipo editorial
Noemí Pizarroso
Iván Sánchez-Moreno
Jorge Castro
José Carlos Loredo

E-mail: boletinSEHP@gmail.com
Fax: 913987972

Dpto. de Psicología Básica I
Facultad de Psicología

Universidad Nacional de
Educación a Distancia
C/ Juan del Rosal, 10
Madrid, 28040

Depósito Legal número:
M-46578-2006
ISSN: 1887-2824



Este Boletín terminó de imprimirse
el día 29 de julio de 2011